

OTAN, KGB, CIA Y ESPAÑA

EDUARDO HARO TECGLÉN

SE ha comentado, con una suspicacia probablemente razonable, la coincidencia del viaje del señor Oreja a Moscú con la celebración en Madrid de un simposio, de organización preferentemente americana, sobre la OTAN: un simposio llamado informativo del que ha trascendido escasa información. Es, por lo menos, un símbolo de algo que está sucediendo: los tirones que dan de España cada uno de los dos "mundos" —Estados Unidos, la URSS— para su suma política y militar. No es nada nuevo. Ya sucedió en la posguerra, en la primera y gran guerra fría, y de ahí parten los acuerdos entre España y los Estados Unidos y la gran inyección que recibió el régimen de Franco. Aún podríamos remontarnos más atrás en el tiempo y entender que en nuestra guerra civil, y en los de la República, hubo un movimiento intencional similar: las democracias occidentales hicieron lo que estaba en sus manos para evitar una influencia soviética en España. Eran los tiempos en que el Imperio británico creía todavía que los fascismos europeos eran una muralla de contención contra el enemigo que consideraban mayor, el comunismo soviético: luego, las cosas cambiarían. Y aún podríamos citar la intervención militar de la Santa Alianza, tras el Congreso de Verona de 1822, para cambiar el régimen liberal de España: es decir, los ecos posibles en nuestro país de la revolución francesa.

Parece que toda esta serie de presiones contrarrevolucionarias ha conseguido que nuestro país no solamente no conociera la revolución, sino que se mantuviese en un viejo conservadurismo del que no sale jamás. Sería erróneo creer que es algo impuesto exclusivamente desde el extranjero: los eternos conservadores españoles, dotados de esa fortaleza de pensamiento que sólo se adquiere en la lucha diaria, y de una fortaleza de poderes —armas, dinero, medios de influencia que han ido desde el púlpito a la televisión, pequeño púlpito doméstico— han sido los protagonistas esenciales. El pensamiento propio de estos conservadores ha primado siempre sobre el propio de las influencias extranjeras que recibían. No les ha importado nunca una gran plasticidad en las alianzas, con lo cual no son una excepción en una política internacional desprovista de mora-

les y principios: y así, después de haber combatido lo que significaban durante la guerra contra Alemania los sistemas democráticos de Estados Unidos, de Francia y de Gran Bretaña, no tuvieron ningún inconveniente en sumarse a estas naciones cuando la guerra mundial terminó; pero a condición de no perder la doctrina propia, que era el franquismo, retocada solamente con algunas adiciones convencionales: las famosas Cortes, las famosas elecciones de "tercios" entre cabezas de familia, etcétera.

Vivimos, seguimos viviendo, en todo ello. Con alguna modificación. El conservadurismo español se divide ahora en dos sectores principales —hay, como puede observar cualquier lector de diario, muchas más divisiones; pero son más bien téticas, personales, de seguimiento de jefes: a la hora de la verdad, se encontrarían, como siempre, unidas—, uno de los cuales, en el Gobierno, prefiere adoptar formas occidentales, mientras otro, en la oposición y minoritaria, busca la permanencia del "estilo" español, del estilo franquista —que a su vez era resumen y compendio de otros siglos—, entendiéndose que Occidente, finalmente, va a preferir ese estilo al otro. La querrela de la OTAN, dentro de la derecha, dentro del conservadurismo, se presenta así por el momento. Mientras los partidos de la izquierda prefieren, incluso con resignación o con oportunismo —en el mejor de los sentidos posibles del vocablo—, la opción que patrocina el Gobierno, aunque no sea más que por evitar lo peor. Para la gran derecha, el ingreso en la OTAN significaría la adopción definitiva del régimen de reglamento democrático, que es el módulo de esa organización; temen que ese régimen no sea lo suficientemente enérgico como para contener el tipo de revolución que ven filtrarse por todas partes, desde la ideología liberal y las costumbres abiertas y la tolerancia social hasta, simplemente, la revolución.

La posición soviética, que sin duda habrá escuchado el ministro español de Asuntos Exteriores en Moscú, aunque no haya sido más que una repetición de lo que se conoce, es naturalmente contraria al ingreso de España en la OTAN, organización militar creada teniendo a la URSS como objetivo y como enemigo visible. Sobre todo, en estos momentos en que suceden dos

cosas: la OTAN está aumentando en importancia —después de un largo bache producido por la coexistencia—, como consecuencia de la nueva "guerra fría". Y los Estados Unidos, que siempre han conservado la hegemonía en la OTAN —por su supremacía de armas nucleares y de todo tipo, por su dinero, por sus tropas estacionadas en Europa y porque son ellos los que dirigen la política occidental con respecto a la URSS—, aumentan más aún su dirección. La URSS encuentra que hay una ofensiva directa de los Estados Unidos, a partir del tema básico de los "derechos del hombre" —en el que el señor Oreja ha insistido en Moscú, como si fuera un portavoz de los Estados Unidos—, que tampoco es nuevo en política mundial, puesto que con uno u otro nombre reaparece siempre a partir de los "puntos" de Wilson frente a los planes de Lenin en 1918 y que, tome el nombre que tome, siempre acude a una alusión a las libertades humanas, colectivas e individuales, frente a un mundo totalitario; y llegando a la alianza y reconversión de China —cuya falta de respeto por los derechos humanos es, en estos momentos, superior a la de la Unión Soviética, y cuyo comunismo es más draconiano—. Si bien España no ha dejado nunca de estar en un campo abiertamente antisoviético, desde la alianza con Alemania e Italia hasta la alianza con los Estados Unidos, y militarmente pertenece a él por la vía de las "bases conjuntas", a la URSS le preocupa que España, dentro de la OTAN, sirva de puente para África, incluso con la conversión de Gibraltar, Ceuta y Melilla, como llaves del Mediterráneo occidental, en bases militares conjuntas —con lo que se pondría fin a dos viejos contenciosos, el de Marruecos y el de Gran Bretaña—, llegando hasta más abajo, hasta Canarias que, junto con las Azores, dentro de un Portugal adicto a la OTAN, son importantes posiciones en el Atlántico frente a una costa africana disputada. La falta de entusiasmo en la URSS por el señor Oreja, que parece incluso marcada por la extraña actitud de Kossiguin —que no se trasladó a Moscú para ver al ministro español, y le pidió que fuera a visitarle a su refugio lejano; pero que finalmente fue porque le dolían las muelas y necesitaba tratamiento médico— y la no recepción por parte de Brejnev, quien, contra lo que se dijo, se

encontraba en Moscú, parece indicar que la URSS cree que este Gobierno, por lo menos, tiene ya su partida decidida, que es el ingreso en la OTAN y que, probablemente, este ministro de marzo. Parece indicar también que las contrapartidas que ofrece a España —y esto no pasa de ser una suposición— o no son tentadoras o no son posibles: por ejemplo, la promesa formal de dejarla fuera de una guerra si adoptara el neutralismo, la de ayudarla con técnica, petróleo y dinero si fallara la alianza con los Estados Unidos como consecuencia de ese neutralismo. La verdad es que no hay ninguna opción española, en estos momentos, hacia el neutralismo.

Pero también se alude en España a una supuesta oferta soviética que podría haber interesado al señor Oreja: la de ayudar a acabar con el terrorismo. En las respuestas del ministro a los periodistas se alude, de una manera vaga y deliberadamente misteriosa, a sus conversaciones con los soviéticos acerca del tema terrorista. Son frases peligrosas, porque parecen indicar que hay por lo menos algo de verosímil en las acusaciones recientes de la extrema derecha de que la ETA y el GRAPO, o quienes fueran, podrían tener detrás a la KGB. La URSS, dentro de esta hipótesis, podría haber prometido discretamente sujetar a los terroristas, o dejar de alentarlos, en el caso de que España se entregase, no ya a un neutralismo imposible, pero sí a una posición más equidistante, más indiferente de lo que actualmente es, y que para Moscú parece muy clara desde la visita de Estado a China. Esta oferta incluiría también el tema canario.

Naturalmente que hay quien ve también en el terrorismo español la mano principal de la CIA. El objeto sería el de producir una reacción interior que condujera a un Gobierno de una derecha firme. Los Estados Unidos están trabajando con un grupo de países en el sentido de establecer unas democracias muy conservadoras, con las apariencias necesarias como para pertenecer a los organismos internacionales y seguir, por lo tanto, con el rostro abierto en defensa de los "derechos humanos" y frente al totalitarismo soviético, pero apoyadas en la fuerza y en la estabilidad que da el conservadurismo. El punto que



La falta de entusiasmo en la URSS por el señor Oreja parece indicar que Moscú cree que este Gobierno tiene ya su partida decidida, que es el ingreso en la OTAN. En la foto, Oreja y Gromyko firman los acuerdos de cooperación cultural, científica y técnica entre la Unión Soviética y España.

buscan es ésta: si se pasan de conservadurismo, caen a su vez en la dictadura personal, que provoca toda clase de riesgos, como acaba de mostrar la cuestión del Irán y, en una determinada medida, la de Camboya. Si no llegan, pueden producir una serie de desórdenes sociales que las harían continuamente peligrosas de revolucionarismo y que, de momento, las harían considerablemente improductivas, ya que están con los calambres de las huelgas paralizándolas continuamente. En Portugal, los Estados Unidos han trabajado concienzudamente hasta conseguir la eliminación de las izquierdas del Ejército, del Consejo de la Revolución y, finalmente, del Gobierno; han conseguido un régimen de corte presidencialista —por mucho que lo niegue Eanes— que ofrezca las posibilidades que buscan. En Italia, en Francia, han trabajado de manera distinta —por la distinta fisonomía política y económica de esos países—, pero han ido consiguiendo mantener lejos del poder a las coaliciones izquierdistas; como ya lo consiguieron muchos años atrás en Alemania Federal, que es la nación que ha ofrecido el mejor ejemplo de democracia controlada, dentro de lo que se puede hacer en Europa. El terrorismo iría favoreciendo el espíritu conservador de los electores del país, bien por la busca de un Gobierno fuerte que le defendiera frente a él, bien —igualmente— por

la busca de un sustituto al "golpe de Estado" que se dibuja. El objetivo de la CIA, en esta supuesta operación, podría ser el de crear un sistema al estilo portugués o al griego, pero nunca un golpe de Estado; el de la KGB, en cambio, sería el de que el terrorismo pudiera producir realmente el golpe de Estado que inutilizara a España para el ingreso en la OTAN —al faltarle el rostro democrático— y en el Mercado Común, y que provocara un regreso a la clandestinidad de la izquierda.

Estas dos hipótesis no son nuevas y privativas de nuestro país. KGB y CIA se han visto acusadas de estar detrás de las Brigadas Rojas y de los fascistas en Italia, detrás del terrorismo en Alemania Federal. Cada una para su propósito. Incluso no ha faltado quien encuentre la posibilidad de que los dos organismos estén trabajando simultáneamente sobre el mismo fenómeno...

La inmersión de España en la lucha internacional, en el enfrentamiento global, puede producir todas estas versiones, y algunas más. La idea de que ETA y extrema derecha estuvieran trabajando juntas, pero las dos movilizadas, sin saberlo, bien por los Estados Unidos, bien por la Unión Soviética, es irónica y fascinante, pero profundamente extravagante. Nos podría alejar de la observación y el análisis más reales del problema, y de los auténticos factores del problema: la

radicalización del pueblo vasco en los últimos años, la persistencia de estructuras franquistas y el enorme poderío conservador español. Incluso su manera peculiar de considerar el fenómeno de España en los dos sectores antes anunciados, el de quienes propenden a una indumentaria democrática del país y los que pretenden mover los mecanismos de seguridad que a lo largo de los siglos han permitido su hegemonía, y sus sucesivas victorias en todos los enfrentamientos de carácter revolucionario, incluso apoyándose en ellos para mejorar, después, mediante una represión que dura años. Está claro, a lo largo del tiempo y de la geografía, que las fuerzas exteriores trabajan en virtud de acontecimientos de índole interior y que ni la reconversión de Portugal en una democracia controlada hubiera sido posible sin toda la serie de frustraciones y amarguras sufridas en estos últimos años, ni la revolución del Irán hubiera conseguido desterrar al Sha por factores externos, y no por el hambre, la miseria y la opresión configuradas por el tirano.

Una de las misiones que se impondrían a un Gobierno verdaderamente democrático en España sería la de la clarificación de todos estos problemas, y el de la unificación de una política interior-exterior. Podría esperarse todo ello de un debate sincero y abierto en las Cortes sobre uno de los extremos más agu-

dos, y que arrastra todos los demás: el de la OTAN. Es forzoso que sea así, lo han pedido los partidos políticos y lo ha ofrecido el actual Gobierno. A pesar de la delicadeza de la materia tratada y del secreto que envuelve todo lo militar en el mundo, sería un debate en el que los partidos tendrían que salir de sus ambigüedades —y sería mejor que lo hicieran durante la campaña electoral— y mostrarán a España lo que es posible y lo que no lo es. El debate deberá alcanzar un ámbito nacional, por la prensa y otros medios de comunicación.

La postura general hoy parece decidida y, salvo acontecimientos, España va a ingresar en la OTAN más tarde o más temprano. Pero convendría saber por qué: cuáles son las ventajas y las desventajas reales, y hasta qué punto la imposibilidad de tomar otra actitud nos obliga a tomar ésta. En cualquier caso, el elector español, en estas vísperas, debería tener la conciencia libre de amenazas, de fantasmas de amenazas, de propaganda de amenazas, y dar su opción en las urnas sin continuar en este espíritu de defensa propia en el que se está desde la muerte de Franco; espíritu de defensa propia que moviliza tanto a las derechas como a las izquierdas. Como si votar fuera evitar una catástrofe, en lugar de diseñar una línea política que responda a una concepción de cada una de las opciones que tiene el país ante sí. ■